

Nº: 287

CESAR MARTIN

Joan Crawford



***“25.000 niñas han sido bautizadas con el nombre de Joan este año. La mitad como tributo a mí, y la otra mitad por Juana de Arco. ¿No es maravilloso?”.* Joan Crawford**, 1940.

Bonita frase. Pocas personas en el mundo se habrían atrevido a formular semejante comentarlo sin temor a quedar en ridículo. Pero nuestra protagonista de este mes no tenía complejos en lo que al ego se refiere. Si enumerásemos a las criaturas más asquerosamente egomaníacas y egoístas de la historia de la humanidad, ella, la divina **Joan Crawford**, probablemente ocuparía un lugar destacado de la lista. Fue sin lugar a dudas la estrella de cine por excelencia, la actriz más ambiciosa y más volcada en el culto a su persona que ha pisado la tierra. Mientras otras de sus contemporáneas se quitaban la máscara de *“movie stars”* como mínimo de vez en cuando y trataban de comportarse como seres humanos, **Joan** se empeñaba en ejercer de mega-estrella a tocias horas.

Marilyn se sentía agobiada a menudo con la responsabilidad de satisfacer a los fans, **Greta Garbo** aseguraba no importarle en absoluto el cine y cuando una situación no era de su agrado rápidamente amenazaba con volver a Suecia, **Bette Davis** disfrutaba siendo actriz, no estrella de cine, **Jean Harlow** necesitaba ser una persona normal cuando no estaba delante de una cámara. Todo esto le resultaba incomprensible a **Joan Crawford**. Para ella la adoración de sus seguidores y el glamour de Hollywood eran las cosas mas importantes en la vida. Y, con una actitud así, es fácil imaginar la enorme cantidad de anécdotas escabrosas que generaría a lo largo de su carrera. Hablar de **Joan Crawford** es hablar del Hollywood más majestuoso y decadente que ha existido. Olvidad a las patéticas **Sandra Bullocks** de este mundo y retroceded la mirada a los días en que ser una estrella de cine significaba marcar distancias con el resto de la humanidad, hasta el punto de comprar casi la inmortalidad.

César Martín

Joan Crawford

NO ME JUDAS SATANAS!! - 287

ePub r1.0
Titivillus 20.12.2021

Título original: *NO ME JUDAS SATANAS!!, publicado en Popular1 #287, septiembre de 1997*
César Martín, 1997
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Joan Crawford







Incluso su rival más dura, la incombustible **Bette Davis**, llegaría a admitir con el paso del tiempo que **Joan Crawford** había sido la estrella de cine definitiva. En concreto declaró: ***"Ella es la personificación de la Estrella de Cine. Su mejor interpretación es Crawford haciendo de Crawford".*** Todo en su vida estuvo relacionado con el divismo y la grandilocuencia de Hollywood; hasta cuando parecía comportarse como una persona real de carne y hueso, estaba actuando. Vino al mundo para eso, para transformarse en la emperatriz del cine, y sólo la enfermedad y la muerte le arrebataron su reinado. A diferencia de otras legendarias actrices, **Crawford** llegó a lo más alto siguiendo los métodos más sucios, o en otras palabras: saltando de cama en cama. Pero no por ello vamos a restarle méritos a su carrera. Lo que importa es que cuando por fin alcanzó la cumbre, pocas estrellas pudieron equipararse a ella en cuestión de grandeza y glamour.

Escaló puestos a base de revolcones con ejecutivos cinematográficos, rodó incluso algunas películas porno, y tras conseguir ver realizados todos sus propósitos, utilizó el sexo del mismo modo que aquéllos que habían accedido

a ayudarla, y **Joan Crawford** se transformó en la gran ninfómana de Hollywood. Cada nueva promesa masculina que pasaba por Metro Goldwyn Mayer, acababa en la cama de **Miss Crawford**. Su historia de follones de sexo con celebridades es tan espectacular como el del mismísimo **Howard Hughes**, e incluye a **Clark Gable**, **John Wayne**, **Glenn Ford**, **Spencer Tracy**, **Yul Brynner**, **Franchot Tone**, **Kirk Douglas**, **Cary Grant**, **Tyrone Power**, **Johnny Weissmüller** y hasta algún adolescente, como el actor **Jackie Cooper**, que a sus diecisiete añitos fue invitado por la diosa **Joan** a visitarla una tarde cualquiera, y acabó conociendo a la estrella en su intimidad, tras ser convenientemente bañado y perfumado (una regla de oro en el Reino **Crawford**). Tal como también le ocurriera a **Howard Hughes**, la poderosa **Joan** contempló con impotencia cómo algunas presas no caían bajo sus garras, pese a poner en práctica hasta el último de sus recursos; aunque la verdad es que pocos se resistieron a sus encantos. El tipo que se comportó con ella de un modo más grosero, rechazando sus invitaciones con una mala hostia hasta entonces desconocida por **Crawford** fue, cómo no, **Marlon Brando**, cuya irrupción en Hollywood dejó tan impresionada a la estrella como a cualquier otra mujer de la época. En principio, el rudo **Brando** no se ajustaba en absoluto al modelo de hombres que perseguía **Joan**, pero tras verle en **"Un tranvía llamado deseo"** se encaprichó inmediatamente de él, y le envió un telegrama que rezaba: ***"Cuando quieras, puedes pasarte por mi casa y aparcar tu moto en la puerta".*** El mensaje era claro y directo, pero **Brando** no estaba interesado en viejas glorias de la era dorada del cine (cuando el actor debutó, **Joan** ya llevaba varias décadas reinando). Sin embargo, el silencio de **Brando** no calmó las ansias de **Joan**, y le comunicó al agente del actor que tenía un papel para él como amante suyo en una película, y esta vez sí, **Brando** respondió ¡y de qué manera! Su contestación fue sangrante: "En estos momentos no estoy interesado en rodar películas del estilo madre-hijo", una cruel burla que **Joan** no le perdonaría jamás.



También se ha creído siempre que **Joan Crawford** era bisexual, aunque no hay pruebas que lo confirmen. Según los rumores, es posible que llegase a acostarse con **Marilyn Monroe**, y hay indicios suficientes como para creer que se sentía atraída por **Bette Davis**, algo que añade más morbo si cabe a la fascinante relación entre ambas actrices. En una ocasión, años después de la muerte de **Crawford**, un periodista le preguntó a **Bette** si su rival en la pantalla y en la vida mostró tendencias lésbicas con ella, a lo que ésta respondió: ***"¿Si Joan era lesbiana? ¡Dios! ¡yo qué sé! ¡nunca dejé que se acercase lo suficiente a mí como para comprobarlo!"***, una contestación típicamente **Bette Davis**.

Con lesbianismo de por medio o no, lo que es innegable es que **Joan Crawford** desarrolló una enfermiza fijación con la figura de **Bette Davis**, una extraña mezcla de odio, atracción, respeto animadversión, etc., que culminaría durante el rodaje de los dos únicos films que las reunieron en un mismo plató: **"¿Qué fue de Baby Jane?"**, uno de los mejores títulos en las filmografías de ambas, y **"Hush… Hush, Sweet Charlotte"**, que terminó en desastre total, con **Olivia De Havilland** sustituyendo a **Joan** a última hora, cuando la tensión entre ella y **Davis** se hizo insoportable. La fuente de anécdotas que relaciona a estas dos leyendas cinematográficas es interminable. Se odiaron como no se han odiado otras dos mujeres en la historia del cine, y por suerte plasmaron todas esas malas vibraciones en la magistral **"¿Qué fue de Baby Jane?"**. Como bien sabe cualquiera que conozca a fondo el mundo del cine, ciertas películas son mucho más que simples pedazos de ficción, ahí tenemos por ejemplo **"Don't Bother to Knock"** (**"Niebla en el alma"**) y **"The Misfits"** (**"Vidas rebeldes"**), dos films en donde podemos contemplar a la verdadera **Marilyn Monroe**, con los rasgos que caracterizaban su personalidad. Pues bien, algo similar ocurre con **"¿Qué fue de Baby Jane?"** una película en la que no sólo vemos a dos personajes enfrentados, sino también la rivalidad y el odio entre las dos actrices que los interpretaron. La

única diferencia que existe entre el guión de ese film y la historia real de **Bette** y **Joan** es el hecho de que ambas eran **Baby Jane** fuera de los platós; las dos eran igual de perversas y dañinas.

El detalle que pone de relieve de una forma más contundente la naturaleza venenosa de **Joan** es la turbia relación que mantuvo con sus hijos, un aspecto de su vida ampliamente publicitado gracias al escandaloso libro **"Mommie Dearest"**, escrito por su hija **Christina**, que dio lugar también a una película titulada de igual modo y protagonizada por **Faye Dunaway**. Las revelaciones de **Christina** eran tan duras que **Dunaway**, fan a muerte de **Crawford**, batalló con ejecutivos y productoras hasta lograr el papel, ya que, según contó en su día, prefería ser ella quien mostrase el lado terrible de **Crawford**, porque al menos lo haría con cariño y no se ensañaría más de la cuenta. El film no deja en muy buen lugar al mito **Crawford**, pero no es ni más ni menos que el reflejo de la realidad. **Joan** ejerció de auténtica torturadora con sus hijos, sometiéndoles a castigos físicos y psicológicos que sorprenden tratándose de una figura pública como ella.

Lo que se suele decir en estos casos es que este tipo de comportamiento es el resultado de una infancia desgraciada, y por lo que respecta a **Joan**, parece que la vieja teoría se confirma. Su niñez en San Antonio (Texas) fue triste y sórdida: abandonada por su padre, internada siempre en colegios, sometida a una dura disciplina y, para colmo, con historial de abusos infantiles de por medio. Parece ser que a la edad de 4 años era manoseada a menudo por pederastas que conocían a su familia. Nunca sufrió una violación completa, pero era víctima de otro tipo de abusos. La pérdida de la virginidad le llegó a la tierna edad de 13 años, y a partir de ahí, su vida estaría marcada por la promiscuidad. Vivía con su madre y las dos alternaban los novios. Al cabo de un tiempo comenzó a bailar en antros de mala muerte y se casó con el saxofonista **James Welton**; un matrimonio que, evidentemente, duró lo mínimo. Las ambiciones de **Billie Cassin**, que era el nombre real de **Joan**, iban mucho más allá de la tranquila vida conyugal. Así que eligió un nuevo nombre, **Lucille LeSueur**, y probó fortuna como actriz porno. De las dos pelis X que rodó **Joan**, su futuro marido **Douglas Fairbanks Jr.** compraría todas las copias de una, pero la otra seguiría circulando por el mundo hasta nuestros días. Su carrera hacia el máximo estrellato, ya bajo el nombre definitivo de **Joan Crawford**, se inició en el despacho del ejecutivo de Metro Goldwyn Mayer, **Harry Raff**. Tras unos cuantos encuentros íntimos después del trabajo, **Raff** coló **Joan** como actriz del montón en MGM. En los siguientes tres años, **Joan** trabajó duro para subir de nivel dentro del

gigantesco estudio: fueron 13 películas las que tuvo que rodar sin que nadie advirtiese nada especial en ella, y por supuesto, la actriz pasó por la cama de cada nuevo director, en un intento desesperado por triunfar. Tuvo dos abortos y estableció una relación más o menos fija con el mafioso **Frank Orsatti**, que se encargaba de hacer trabajos sucios para el todopoderoso **Louis B. Mayer** (daba palizas a los enemigos del cineasta, le proporcionaba alcohol y mujeres, etc.). Decepcionada por lo lento que se estaba desarrollando todo en su escalada hacia la fama, **Joan** optó por volver a bailar en clubs, lo cual le permitió empezar a saborear una cierta popularidad. Pero la gran oportunidad para ella llegaría con el film **"Our Dancing Daughters"** (**"Vírgenes modernas"**, 28), en donde se las arregló para seducir a todos los tíos de la nación. La respuesta del público fue tan entusiasta que MGM le ofreció un nuevo contrato mucho más lucrativo. Cuentan que ese repentino éxito elevó el ego de la actriz hasta el infinito, y durante varios días se dedicó a fotografiar las marquesinas de los cines en donde figuraba su nombre. Lo había conseguido, América acababa de enterarse de quién era **Joan Crawford**, aunque aquello naturalmente sólo era el principio.

Sus primeros días como actriz de peso dentro del entramado de MGM fueron movidos. **Joan** no se había amoldado a su nuevo status de estrella, y en pocos días fue arrestada tras atropellar a una chica con su coche e intentar darse a la fuga, y fue citada en dos casos de divorcio por ser la causante de la ruptura de ambos matrimonios. Ese tipo de publicidad era impensable en el Hollywood de entonces, y **Louis B. Mayer** la citó en su despacho y le dijo claramente que si pensaba seguir por ese camino estaba despedida. **Joan** comprendió la gravedad del asunto, y cambió por completo de actitud de un día para otro. Estaba decidida a someterse a todas las reglas del estudio y a ser la actriz modelo, el ejemplo viviente de lo que se suponía que era una profesional. Dejó de fumar para parecer más elegante, suavizó su lenguaje hasta rozar el ridículo (ya no se refería al acto sexual con las expresiones habituales, "follar" o "joder", para ella un revolcón era *"ir al cielo"*), cortó con ciertas personas, se hizo amiga del futuro marido de **Jean Harlow**, **Paul Bern**, un tipo culto y sofisticado que podía guiarla en la jungla del cine, y eligió como novio oficial al actor **Douglas Fairbanks Jr.**, famoso por su exquisita educación. El romance se publicitó de un modo increíble en la prensa, formaban la clásica pareja de cuento de hadas. Juntos aparecieron en el film **"Our Modern Maidens"** (**"Jugar con fuego"**, 29), un buen truco de MGM para aprovechar su publicidad rosa, y no tardaron en formalizar su relación en el altar, para regocijo de los amantes de los cotilleos. La

construcción del mito **Crawford** ya era imparable, lo tenía todo: la publicidad gratis, el maridito perfecto, el apoyo de MGM y una nueva dentadura que modificó la expresión de su cara y le dio un aspecto mas *"classy"*. Sólo necesitaba codearse con actores consagrados en una superproducción y su puesto entre los más grandes ya estaría asegurado. **"Grand Hotel"** (**"Gran hotel"**, 32) se convirtió en ese trampolín que necesitaba para alcanzar la gloria.

MGM pretendía reunir en dicho film a sus estrellas más deslumbrantes: **Greta Garbo**, **Clark Gable**, **Buster Keaton**, **John Gilbert**… y le habían reservado también un pequeño papel a **Joan**. Era el sueño de su vida: trabajar junto a su mayor ídolo, **Greta Garbo**. Había crecido admirando a **Mary Pickford**, pero en esta etapa de su vida, la **Garbo** y en menor medida **Marlene Dietrich** eran sus máximos puntos de referencia. Como es lógico, una película de estas características, con estrellas tan cotizadas, creó problemas desde el principio. **Garbo** fue la primera en poner dificultades: bajo ningún concepto trabajaría con **John Gilbert**, ya que habían sido amantes en el pasado y no le daba la gana de volver a tropezarse con él. Tan pronto como la diva pronunció su clásica frase (***"Me voy a Suecia"***), **Mayer** expulsó a **Gilbert** sin contemplaciones. El elegido para sustituirle fue **John Barrymore**, uno de los pocos actores a quienes **Greta Garbo** respetaba. El siguiente obstáculo sería el personaje que debía encarnar **Clark Gable**: la edad del actor no se ajustaba a las necesidades del guión, era imprescindible buscar a un tipo más maduro, y se quedaron con **Wallace Beery**. Tercer problema: **Joan** no estaba de acuerdo con la poca importancia que le habían concedido a su personaje en el film, pero teniendo en cuenta que esa iba a ser su segunda película importante, no podía exigir demasiado, y accedió a hacer lo que le pidieron. Era diciembre de 1931, empezaba para el estudio la ardua tarea de intentar que las delicadas personalidades de las estrellas no colisionasen entre sí.

Joan esperó con unas ansias incontenibles el primer día de ensayos, ya que en teoría iba a conocer a la **Garbo**. Pero claro, en el mundo de **Greta Garbo** las cosas se desarrollaban de una forma bastante particular, y el concepto de "ensayos", por ejemplo, perdía toda su validez, de modo que **Joan** no tardó mucho en enterarse de que **Miss Garbo** no asistiría a ningún ensayo. Y por si eso fuera poco, además estaba previsto que la intocable actriz rodase sus secuencias sola o exclusivamente con los actores que iban a trabajar con ella, y el estudio había tenido que ceder ante la negativa de **Garbo** a posar junto al resto de estrellas del film en las fotos promocionales.

Eso suponía un contratiempo bastante molesto para **Joan**, ya que no compartía ni una sola escena con la diva y era posible que ni tan siquiera llegase a verla en persona en todo el rodaje. Las exigencias de **Greta Garbo** se divulgaron justo en ese primer día de ensayos. **Joan** llegó envuelta en ropas glamurosas y cargando con su estúpido perro **Woggles** (en el Hollywood de los años 30, las estrellas y las que aspiraban a serlo tenían por costumbre llevar siempre un chucho bajo el brazo; era una especie de símbolo de glamour, y **Joan**, claro está, no iba a ser la excepción). Para su sorpresa, al traspasar las puertas del estudio, descubrió con horror que era la primera en llegar (otra regla de oro: una estrella nunca llega la primera, eso es una flaqueza; una estrella debe llegar la última y obligar a los demás a que esperen su entrada triunfal.

Contrariada por su mala planificación horaria, aparcó al perro donde pudo y contempló cómo iban personándose sus compañeros de película: **Lionel Barrymore**, **John Barrymore**, **Wallace Beery**… todos menos la fantasmagórica **Garbo**. Y así fue como se desarrolló todo el rodaje: **Joan** vio a diario a **Barrymore**, **Beery** & co., y se quedó con las ganas de entablar relación con su ídolo. La amistad con gente de la calaña de **Joan Crawford** era algo que no entraba en los planes de **Greta Garbo**, y sus tácticas para esquivar a quienes no deseaba conocer eran infalibles. **Garbo** era la única actriz del film que rodaba después de comer, cuando ya no quedaba nadie en el estudio. Tenía por costumbre llegar de incógnito y hacía su trabajo con la mínima gente posible a su lado.


Crawford & Gable.

El estreno de **“Grand Hotel”** estuvo rodeado de la grandilocuencia típica de aquellos días. ¡25.000 personas se tiraron a la calle para celebrarlo! Asistieron invitados de lujo como **Jean Harlow**, **Clark Gable** o **Marlene Dietrich**, y obviamente **Garbo** no dio señales de vida. La actitud esquiva de

la actriz se había publicitado tanto que en la ceremonia del estreno **Wallace Beery** se disfrazó como ella y le dedicó una pequeña parodia, simulando que estaba harta de todo y regresaba a Suecia.

A estas alturas, el matrimonio de **Joan** y **Fairbanks** empezó a venirse abajo. La disciplina paramilitar con la que conducía su vida la actriz era inaguantable para quienes la rodeaban. Había pasado de ser un pendón descerebrado a ceñirse a unas reglas inquebrantables, como si su trabajo no terminase jamás. Solía organizar fiestas en su casa, pero a las 21.00 h. en punto despedía a todos los invitados —actores y actrices en su mayor parte— para que pudiesen acostarse pronto y estar frescos en la siguiente jornada laboral. Era un tipo de vida que no convencía ni en broma a Fairbanks, un tipo que se tomaba las cosas con mucha más calma y para quien su carrera no era lo primero. **Joan** se despedía del mundo cada noche a las 22.00 h. en punto, ni un minuto más, ni un minuto menos, y obligaba a su marido a hacer lo mismo. Por otra parte, surgieron infidelidades en la pareja: **Fairbanks** se acostaba a escondidas con una extra y **Joan** mantenía una calenturienta relación con el mismísimo **Clark Gable**.

La conexión entre **Gable** y **Crawford** era total. Los dos disfrutaban plenamente con el sexo, eran de orígenes humildes y se aferraban a la higiene como si les fuese la vida en ello. **Gable** se duchaba varias veces diarias, usaba distintos trajes a lo largo de un mismo día, le gustaba perfumarse y se depilaba las axilas como si fuese una modelo (!). **Joan** era más fobiosa aún: nunca usaba una taza de water si no la limpiaba antes personalmente, se lavaba las manos a todas horas, no salía de casa sin guantes, jamás aceptaba un cigarrillo de alguien si no había abierto ella el paquete y solía limpiar su mansión de arriba abajo aunque prácticamente no hubiese suciedad. Ambos habían coincidido como extras, años atrás, en una película titulada **"The Merry Widow"** (**"La viuda alegre"**, 25), pero en aquel entonces no llegaron a conocerse. Cuando por fin conectaron fue en el rodaje del film **"Dance Fools Dance"** (**"Danzad, locos, danzad"**, 31), y durante una larga temporada se revolcaron a gusto en el camerino móvil que tenía **Joan** en los estudios de MGM. Por lo visto, **Fairbanks**, que tardó en divorciarse de ella, no llegó a enterarse nunca de lo sucedido, pero la mujer de **Gable** sí que se dio cuenta y le exigió a **Louis B. Mayer** que acabase con esa relación o estaba dispuesta a montar un escándalo. Dicho y hecho: Mayer le advirtió que si seguía viendo a **Crawford** podía despedirse de su carrera de actor, y **Gable** cortó con ella sin pensárselo dos veces. La ruptura con **Clark Gable** fue sólo un pequeño contratiempo para **Joan**, nada serio. En pocos días ya tenía otro tipo a su lado:

el *"high class"* **Franchot Tone**, protagonista de los sueños húmedos de **Jean Harlow** y **Bette Davis**, que aspiraban a agenciárselo como novio oficial. La que parecía tener más posibilidades de conseguirlo era **Bette**, ya que estaban rodando juntos una película titulada **"Dangerous"**, pero con la aparición en escena de la depredadora **Crawford**, tanto **Bette** como **Harlow** tuvieron que olvidarse de él. La imprevisible **Joan** apareció un buen día en medio del rodaje del film como recién salida del infierno, le presentaron de forma oficial a **Bette Davis**, y allí mismo anunció que iba a casarse con **Tone**. Semejante revelación dejó a **Bette** sin habla, y está claro que fue ése el momento que marcó el inicio de su legendaria enemistad. Para **Joan**, **Bette Davis** todavía no era nadie. Ella llevaba el estilo de vida de una gran estrella, y **Bette** sin embargo todavía no había triunfado, ni parecía tener el físico necesario para lograrlo. Pero **Bette** por el contrario sí que sabía perfectamente quién era **Crawford** y no podía sentirse más lejana a ella.

El romance entre **Joan** y **Tone**, tal como ocurriera antes con **Fairbanks**, generó mucha publicidad. Se repetía de nuevo la misma historia: hubo poda y la prensa rosa ganó otra parejita de cuento de hadas, aunque el populacho sabía muy bien qué papel ejercía cada uno en esa relación; una rima de la época dedicada a ambos que corría de boca en boca, decía así: ***"He gave her class and she gave him ass"*** (***"Él le dio a ella clase, y ella le dio a él el culo"***), algo absolutamente cierto. Fuera de las cámaras de los fotógrafos, sin embargo, **Joan** también les daba el culo a otros, como **Spencer Tracy**, con quien salió una temporada. Con él rodó el film **"Mannequin"** (**"Maniquí"**, 38) y mantuvieron un intenso romance hasta que **Spencer** empezó a beber fuerte y **Joan** le abandonó. Otro con el que lo habría tenido fácil para follar hasta desfallecer era **Howard Hughes**, pero curiosamente no llegaron a hacer sexo ni una sola vez. **Howard** le ofreció una fortuna a cambio de una simple cita, pero **Joan** no aceptó, y además declaró lo siguiente a la prensa: ***"Howard se follaría a un árbol si pudiese"***. Quizá **Howard Hughes** era un tipo demasiado fácil para ella.

Sus siguientes films la colocaron en una posición difícil dentro del panorama de Hollywood. De pronto parecía haber perdido su magnetismo de cara al público. Películas como el drama **"The Gorgeous Hussy"** (**"La pícara hermosa"**, 36), **"Love on the Run"** (**"Amor en prisa"**, 36) junto a **Gable**, **"The Bride Wore Red"** (**"La novia vestía de rojo"**, 37) o el musical **"Ice Follies of 1939"**, con **James Stewart**, pasaron bastante desapercibidas. Y su vida personal tampoco funcionaba demasiado bien; como era previsible, el divorcio de **Franchot Tone** no tardó en llegar. Pero la existencia de **Joan**

Crawford era una eterna sucesión de altibajos, y tras varios malos tragos siempre obtenía una sorpresa agradable. Surgió la posibilidad de intervenir en una película titulada **"The Women"** (**"Mujeres"**, 1939) con la dama más influyente e importante de MGM, **Norma Shearer**, esposa de una de las figuras clave del estudio (**Irving Thalberg**) y **Joan** volvió a sentirse excitada. Era el momento idóneo para humillar y destronar, a ser posible de forma definitiva, a **Shearer**. Además, en la película tendría que enfrentarse a otras actrices igualmente competitivas, como **Paulette Goddard**, **Rosalind Russell** y **Joan Fontaine**. Entre todas, lucirían la impresionante cifra de 237 vestidos diferentes a lo largo del film, y joyas valoradas en una fortuna. **Joan** estaba en su elemento, mirara hacia donde mirara sólo vería odio y glamour, ¡la vida es bella a veces! El director **George Cuckor** fue el encargado de controlar semejante polvorín, pero le resultó imposible aplacar la agresividad y la violencia de **Joan** hacia su rival **Norma Shearer**. Cada vez que **Joan** tenía que darle la réplica a **Shearer** k que las cámaras la enfocasen, evitaba el contacto visual con ella, algo que creaba muy mal ambiente y enfurecía a la veterana actriz. Por supuesto no se dirigían la palabra y la tensión entre las dos era constante. Tanto mal rollo provocó también alguna escenita muy cómica, como la ocasión en que ambas llegaron a la vez al estudio con sus respectivos coches, y se dedicaron a dar vueltas por los alrededores, confiando cada una en que fuese la otra quien aparcase el vehículo primero (la vieja regla de oro una vez más: una estrella nunca debe ser la primera en llegar). Alargaron tanto el numerito que **Cuckor** se vio obligado a salir en su busca y obligarlas a aparcar, o habrían terminado perdiendo ese día de rodaje. La experiencia fue tan dura que, tras finalizar el film, **Norma Shearer** abandonó el cine. La perversa **Joan** había ganado otra batalla.

Con **Shearer** fuera de la circulación, **Joan** ya podía dedicarse en cuerpo y alma a pelear contra **Bette Davis**, quien de la noche a la mañana había alcanzado un status envidiable en el negocio y se había situado en un lugar destacadísimo dentro de la lista negra de **Joan**. Sus pequeños enfrentamientos personales comenzaron a ser una constante. La noche de fin de año de 1939, por ejemplo, el actor **Basil Rathbone** organizó una fiesta benéfica en su casa, e invitó a las dos actrices. **Joan** se presentó custodiada por cinco gigolós y esperó en una mesa la llegada de su odiada **Bette**. La entrada de **Davis** fue mucho menos espectacular: apareció sola y cuando se dirigía hacia la barra, **Joan** le gritó: ***"Bette, cariño, ¡¡únete a nosotros!!".*** **Bette** se limitó a ignorarla y le comentó a un camarero: ***"Cristo, ¡qué zorra tan ridícula!"***. Curiosamente, tras varios desplantes de este estilo, **Joan** empezó a sentirse

más interesada de lo normal por **Bette Davis**. La odiaba, por supuesto, era su mayor enemiga, pero también sabía apreciar su talento y desarrolló una fijación extraña con ella: veía a menudo sus films en casa y hablaba bien de ella en la prensa, a pesar de que en el fondo deseaba destruirla. Su obsesión con **Davis** fue creciendo poco a poco, y **Joan** trató de entablar una relación personal con su rival, pero ninguno de sus intentos por fijar una cita llegaron a buen término. **Bette** simulaba que **Joan Crawford** no existía y rechazaba cada una de sus invitaciones. Según cuentan quienes las conocieron en la época, **Joan** envidiaba el talento interpretativo de **Bette**, y **Bette** se sentía frustrada por no tener el sex-appeal de **Joan**.

Fue en esta época cuando **Joan Crawford** tomó la decisión de convertirse en torturadora de menores. De pronto sentía el deseo de comprarse un par de hijos del mismo modo que antes había comprado chuchos, y consiguió dos víctimas bastante apetitosas: una niña, **Christina**, y un niño, **Christopher**. Los dos llegaron al hogar de mamá **Crawford** por cauces ilegales. Concretamente fue el capo mafioso **Meyer Lansky** quien le consiguió a los niños, saltándose el incómodo papeleo y los años de espera. Siguiente paso: obtener un padre, como es lógico, y a ser posible de la forma más rápida y artificial. **Joan** planificó varios mini-romances con importantes actores y los examinó a conciencia para averiguar si sabrían hacer el papel de padres. Primer candidato **Clark Gable**, que acababa de perder a su esposa **Carole Lombard**. Un gran semental pero no lo suficientemente manejable como para caer en las garras de **Joan** de forma permanente. Antes de que nuestra manipuladora favorita pudiese darse cuenta, **Gable** ya se había alistado en el ejército. Era necesario seguir buscando. Probó con una joven promesa, **Glenn Ford**, pero le pareció demasiado vacío y poca cosa, y después de tirárselo unas cuantas veces se deshizo de él. Quizá el duro **John Wayne** podría ser el hombre indicado. Nada, tampoco le convenció. Se acostaron varias veces y el sexo fue aceptable, pero **Joan** no veía en él a un buen padre. Un tal **Philip Terry**, también actor, sería el elegido. Se casaron en septiembre de 1942.

Llegó la 2.ª Guerra Mundial, y **Joan** dio toda una lección de hipocresía, uniéndose desinteresadamente a la causa. Entre sus buenos actos hay que citar la tarde que pasó en la esquina de la 5.ª Avenida con la calle 52, en NYC, recolectando donativos; las ganancias de su film **“They All Kissed the Bride”** (**“Todos besaron a la novia”**, 42), que cedió a la Cruz Roja; y su idea de organizar barbacoas en su propia casa para soldados cada domingo por la tarde. Aunque lo de las barbacoas no llegó a cuajar: en su primera reunión con sudorosos combatientes casi se queda sin casa y algunos incluso intentaron

llevársela a la cama, así que decidió cancelar las restantes barbacoas. A partir de ese momento seguiría trabajando para la causa, pero de una forma menos “directa”.

Paralelamente a su supuesta labor humanitaria, **Joan** comenzó a adquirir prestigio como actriz. Algunos críticos ya no la veían sólo como una estrella glamurosa, sino como una actriz seria y respetable. Films como **“Susan and God”** (**“Susana y Dios”**, 40) y **“A Woman’s Face”** (**“Un rostro de mujer”**, 41), en donde aparecía con el rostro desfigurado, le ayudaron a acortar la distancia que la separaba de la cada vez más encumbrada **Bette Davis**. Pero algo fallaba. En MGM había demasiada competencia: **Katharine Hepburn**, **Hedy Lamarr**, **Ava Gardner**, **Lana Turner**… Ese detalle y la sensación que tenía **Joan** de que no se la tomaba en serio dentro del estudio, dieron lugar a su sorprendente huida de MGM, algo inaudito en un caso como el suyo, después de haber pasado tantos años relacionándose con **Louis B. Mayer** casi como si fuese un padre. Pero más sorprendente aún fue el destino que eligió para iniciar la siguiente etapa de su carrera: ¡Warner Brothers!, ¡el hogar de **Bette Davis**! Ni que decir tiene que **Bette** encajó muy mal la noticia. Ahora tendría que aguantar la persecución y el acoso permanente de psycho-**Joan** en su propio lugar de trabajo. Nada más llegar, **Crawford** exigió que le diesen el camerino que estaba situado justo al lado del de **Bette Davis**, agobió a su ídolo-rival con ramos de flores e inesperados regalos diariamente (**Bette** los devolvió todos), y en un alarde de arrogancia sin límites, propuso protagonizar un film titulado **“Ethan Frome”** junto a **Bette**, sin éxito alguno. Sus tácticas para acercarse al Planeta **Davis** no producían ningún resultado satisfactorio, **Joan** era como un satélite tratando de colarse en el sistema solar de la diosa **Bette**, pero no había manera de encontrar la forma da llegar hasta ella. Lo curioso de todo esto es que, a nivel popular, las dos actrices eran igual de grandes, y **Joan** debería sentirse superior, porque había triunfado antes, pero a pesar de ello no le importaba rebajarse a sí misma para ganarse el respeto de su rival. Salvando las distancias, es lo mismo que le ocurrió a **Axl Rose** con **Kurt Cobain**: **Axl** era la **Joan Crawford** de esa historia, la estrella arrogante que odiaba y admiraba al nuevo ídolo, **Kurt**, más respetado por los críticos, y que se rebajaría hasta el punto de tomar la ridícula decisión de ir con un desorientado **Slash** a casa de **Cobain** (cosa que al final no llegaría a suceder) para convencerle con los puños si hacia falta de que **Nirvana** teloneasen a **G N’R**. Del mismo modo, **Crawford** estaba dispuesta a hacer cualquier cosa a cambio de unir su nombre al de **Bette** en las marquesinas de los cines, pero la idea de trabajar con un estrellón egomaníaco

como **Joan Crawford** no atraía a **Bette** en absoluto. Y puesto que el capricho imposible parecía cada vez más lejano, ¿dónde descargaba **Joan** su mala hostia?, pues en casa con sus hijos, ¡dónde si no!

Conforme iban creciendo sus retoños, la carcelera **Crawford** extremaba más y más su disciplina. Los dos niños tenían orden de llamarla "queridísima mamá", cada cosa que obtenían —un regalo, unas vacaciones— se la tenían que ganar previamente porque su dulce mami no quería malcriarlos, si se portaban mal les sometía a duros castigos (en una ocasión llegó a atar a su hija a una ducha y otras veces la encerraba en armarios durante horas)… Se comportaba como una desequilibrada con ellos, pero nadie tenía el valor suficiente como para llamarle la atención. Su marido **Philip Terry** era un idiota calzonazos, que cuando se hartó de humillaciones y broncas simplemente se divorció, pero jamás salió en defensa de los niños. En el palacio de la emperatriz **Crawford** las cosas se hacían a su manera. Allí estaba ella, caminando como una demente de una habitación a otra arrastrando unas campanillas, para que los criados supiesen en qué lugar de la casa se encontraba en todo momento, y hablando sin parar desde alguno de sus 26 teléfonos (¡26!). Tanto drama personal y tanto desequilibrio mental, paradójicamente, la benefició en su trabajo, ayudándola a adquirir más profundidad dramática. Ya se sabe que las vidas complicadas dan muy buenos resultados artísticos. **Joan** se estaba convirtiendo en una bruja y gracias a ello encaraba cada nuevo personaje con una mala leche tremenda. Eso le ocurrió con la película **"Mildred Pierce"** (**"Alma en suplicio"**, 45) —en opinión de algunos, el mejor papel de su carrera— que impactó hasta a la propia **Bette Davis**. Su interpretación fue tan brillante que la obsequiaron con un merecido Oscar. Además, en ese film el director **Michael Curtiz** experimentó con las luces y las sombras, creando un verdadero clásico del nuevo género cinematográfico que se conocería como *"film noir"*.

La buena racha de películas no cesó, y el público pudo disfrutar con títulos interesantes como **"Humoresque"** (46), **"Possessed"** (47), **"Flamingo Road"** (49) o **"The Damned Don't Cry"** (**"Los condenados no lloran"**, 50). El terror también siguió marcando las vidas de **Christina** y **Christopher**, quienes, muy a su pesar, veían a una "queridisima mamá" cada día más colérica. Cuando **Joan** descubrió que su hijo vendía fotos autografiadas de ella en el colegio, casi lo deshereda. Aunque no era necesario que el chaval cometiese faltas demasiado graves para recibir castigos ejemplares al estilo medieval. Una vez tuvo la osadía de encapricharse de unos dulces y mamá le colocó una bolsa de golosinas delante y le obligó a comérselas todas de un

tirón, para que se diese cuenta de lo malo que era el dulce. **Joan** vio cómo el crío se iba poniendo pálido progresivamente, pero no encontró motivo alguno para suspender el castigo: si era necesario que enfermase para aprender de una vez por todas lo que no debía hacer en la vida, tenía que someterle a esa pequeña reprimenda. Y efectivamente el niño pasó un par de días bastante averiado. No hará falta decir que **Joan** se consideraba a sí misma como una buena madre, y de hecho, cuando **Christina** y **Christopher** todavía eran unos críos, adoptó a dos desafortunados niños más. Los hombres habían pasado a un segundo plano, sólo los usaba para el sexo, no aspiraba ya a encontrar un padre perfecto, y parecía decidida a volcarse ella sola en la educación de sus hijos, lo cual era un verdadero castigo del averno para los indefensos infantes.

Los tipos con los que salía eran siempre gigolós que debían acatar todas sus órdenes. La clásica cita con **Joan Crawford** se desarrollaba siempre de una forma muy rutinaria: el amante elegido aparcaba su coche en el garaje de la diva, y ella se lo llevaba a cenar a algún club de moda, en uno de sus coches. Una vez allí, el gigoló tenía prohibido hablar con la prensa, si les tomaban fotos debía posar mirando a **Joan** (el don nadie nunca podía fijarse en las cámaras, eso quedaba reservado para ella), y dentro no se le permitía bailar con otras mujeres, pero si **Joan** se encaprichaba de otro tío y entablaba una conversación con él, su acompañante debía retirarse discretamente y esperar en una esquina a que la Reina le hiciese una indicación. Después, volvían a casa, follaban, y el tipo abandonaba el lugar, mientras **Joan** iba a echar un vistazo a los niños. El trabajo del gigoló finalizaba cuando volvía a su casa y recibía una llamada de **Joan**, para asegurarse de que se iba a dormir solo y no acababa la noche en la cama de otra. Por supuesto, sus amantes eventuales podían engañarla si querían, el hecho de que contestasen a la irritante llamada telefónica de **Joan** no les impedía volver a salir después si les daba la gana, pero **Joan** se quedaba más tranquila de esta manera. Uno de esos gigolós de una noche fue nada menos que **Kirk Douglas**, quien recuerda la extraña cita como algo totalmente impersonal y nada memorable: salieron a cenar y, a la vuelta, follaron en el suelo de la mansión, en la misma entrada. Fue un polvo rápido y silencioso, y a su término, **Joan** le enseñó a los niños mientras dormían y se despidió de él. **Douglas** salió de esa casa sin saber muy bien qué había pasado, y desde luego no le quedaron muchas ganas de repetir.

El hombre que la dirigió en el film **"The Damned Don't Cry"**, **Vincent Sherman**, trabajó con ella en sus dos siguientes películas, **"Harriet Craig"** (**"La envidiosa"**, 50) y **"This Woman is Dangerous"** (**"La mujer peligrosa"**, 52) e inevitablemente tuvo que satisfacerla también en la cama,

aunque tras su tercera película juntos, la relación llegó a su fin. **Yul Brynner** sustituiría a **Sherman** como amante más o menos permanente de **Joan** durante una temporada, y tras él vendría el célebre gigoló **Perfirio Rubirosa**, especialista en comer chochos multimillonarios como el de **Eva Perón**. El avispado **Rubirosa** trató de chulear a **Joan**, haciéndole saber, con muy buenas palabras, que esperaba algún jugoso regalo de ella. Eso era algo que sacaba de sus casillas a la actriz. Nadie, absolutamente nadie podía dejarle tan claro en su presencia que follaba con ella por dinero. Su venganza fue muy original: le tejió un calcetín (una de las grandes pasiones de **Joan Crawford**, aunque parezca mentira, era una actividad tan poco glamurosa como el ganchillo), y tras follar una última noche con él, se largó mientras el tipo dormía, dejándole el citado calcetín como obsequio. **Rubirosa** descubriría a la mañana siguiente, asombrado, que el calcetín en cuestión tenía las mismas dimensiones que su polla.


Crawford y sus hijos.

Por aquel entonces tuvo lugar el desagradable episodio con **Brando**. La película que **Joan** le había reservado era **"Sudden Fear"** (**"Miedo súbito"**, 52), pero cuando el actor se la quitó de encima de una forma tan espectacular, **Joan** no tuvo más remedio que conformarse con un tipo que no le atraía en absoluto: **Jack Palance**. Y, como es de suponer, **Palance** no se comportó exactamente como un gentleman con ella; cada vez que besaba a **Crawford** delante de las cámaras, le metía la lengua hasta la garganta, y la actriz estallaba en cólera. Claro que ella tampoco era mucho más fina con quienes estaban por debajo suyo, no en vano había creado una productora cinematográfica, y tenía por costumbre catar a cada nuevo actor que contrataba. Otro de los iconos de los años 50 que atrajo a **Joan** de forma especial fue **Marilyn Monroe**. En su primer encuentro, **Joan** le comentó: ***"Eres muy guapa, querida, pero no sabes una mierda de ropa"***, y la invitó a que se pasase por su casa días después para probarse algunos vestidos. **Marilyn** admiraba enormemente a **Crawford** y se sintió halagada con la invitación. La cita fue muy curiosa: **Joan** le regaló un

vestido y le pidió que se lo pusiese, entonces **Marilyn**, con su naturalidad habitual, se quitó el que llevaba, y **Joan** sufrió un auténtico shock al descubrir que la voluptuosa rubia no usaba ropa interior. Lo que pasó a partir de ahí lo desconocemos, pero por insinuaciones de una y otra se cree que llegaron a acostarse juntas, aunque es algo que nunca podremos confirmar. Lo que sí sabemos es que **Joan** no tardó mucho en incluir a **Marilyn** en su lista negra. Cuando la convocó a una de sus fiestas y **Marilyn** rechazó la invitación, **Joan** le declaró la guerra y la destripó en la prensa. La declaración más famosa que le dedicó, decía así: ***"Mis tetas no tienen nada de malo, pero no voy por ahí tirándoselas a la gente a la cara"***, una indirecta que hacía referencia a los famosos escotes de **Marilyn**. Mejor suerte corrió **Rock Hudson**. Pese a saber que era un blando y que le atraían bastante más los tíos que las mujeres, **Joan** decidió acostarse con él. En su único encuentro, **Joan** sonrió maliciosamente y le comentó: ***"Piensa que soy Clark Gable y todo irá bien"*** (**Gable** era el gran ídolo de **Hudson**.

La década de los 50 supuso un punto de inflexión en la carrera de **Joan Crawford**. El inicio del declive estaba cerca. Muchas de las nuevas estrellas no eran de su agrado. Odiaba a **Liz Taylor**, a quien denominaba Princesa Mocosa, deseaba matar con sus propias manos a **Brando**… Y Hollywood tampoco se portaba bien con ella: cada vez la invitaban a menos fiestas y los buenos papeles empezaban a escasear. **Joan** trataba de olvidar su realidad bebiendo vodka, un tipo de alcohol que era muy práctico para ella, ya que no se detectaba a través del aliento y le permitía pasar el día entero medio borracha sin que nadie se diese cuenta. A menudo daba vueltas a la deriva con su coche por California y se acostaba con desconocidos en moteles. Una de esas noches estuvo a punto de acabar en tragedia, cuando un individuo le dio una paliza; **Joan** estaba tan alcoholizada que ni siquiera se enteró si había sido violada o no.

Su carrera revivió fugazmente con el film **"Johnny Guitar"** (54), aunque **Joan** no disfrutó nada haciendo esa película. Su dependencia del alcohol era muy fuerte, y pidió que le trajesen 29 cajas de vodka a Arizona, el lugar en donde se rodaba el film. Tanto para ella como para el equipo, la experiencia fue un infierno. **Joan** aborrecía a su compañera de reparto, **Mercedes McCambridge**, y la maltrató hasta que la chica tuvo que ser hospitalizada por agotamiento. Cuando un periodista le preguntó a **McCambridge** cuál era la causa de su repentina enfermedad, ella respondió con ironía: ***"Crawforditis"***. El mal ambiente que se vivió durante el rodaje no impidió que la película triunfase en algunos lugares. El público americano la acogió con indiferencia

y la mayoría de los fans de **Crawford** se escandalizaron al ver a la actriz con una pinta tan masculina, pero en cambio en Francia fue un éxito.

El gran problema que encontró **Crawford** en los 50's, fue el profundo cambio que se produjo en la industria cinematográfica. Los estudios ya no protegían a las estrellas y las dejaron a merced de los periodistas y de cineastas sin escrúpulos. Por primera vez, cualquier escribiente de tres al cuarto se permitía el lujo de atacar a toda una **Joan Crawford**, y las ofertas de trabajo escaseaban de forma alarmante para actrices como ella o **Bette Davis**. La antigua Reina de Hollywood pronto se dio cuenta de que debía cambiar de mentalidad para sobrevivir, y decidió aceptar films de bajo presupuesto o producciones extranjeras, como el thriller **"Female on the Beach"** (**"Una mujer en la playa"**, 55) que se rodó con muy poco dinero, o la película británica **"The Story of Esther Costello"** (**"La historia de Esther Costello"**, 57). Corrían malos tiempos para **Joan Crawford** a nivel laboral, pero en su vida personal, por el contrario, recibió uno de los mayores golpes de suerte de su vida. Acababa de cruzarse en su camino un ángel de la guarda que le proporcionaría seguridad económica hasta que abandonase este mundo, su nombre: **Alfred Steele**, presiente de Pepsi-Cola. **Joan** se las arregló para llevarlo al altar y, bueno, a partir de ese momento, la que fuera Emperatriz del cine se transformó en Emperatriz de Pepsi-Cola. Los anuncios de dicho refresco los empezó a protagonizar ella, le asignaron un puesto de importancia dentro de la empresa y su cuenta bancaria alcanzó límites de locura. El matrimonio duraría poco, ya que el pobre hombre moriría de un ataque al corazón a la edad de 57 años, en 1959, pero para entonces **Joan** ya se había asegurado un buen futuro. Los directivos de Pepsi le hicieron saber que, con su marido muerto, ella ya no pintaba nada allí, y debería abandonar las oficinas de la empresa, pero seguiría cobrando el dinero que le correspondía, sin embargo **Joan** pronunció otra de sus frases históricas. ***"No jodáis conmigo. He luchado contra tiburones más grandes que vosotros"***, y nadie fue capaz de echarla.

Al cabo de un tiempo, el golpe de suerte que había tenido en su vida personal, se repitió en su carrera, en forma de película destinada a ser recordada para siempre como un clásico absoluto. Había llegado el ansiado momento de trabajar con **Bette Davis**. El proyecto **"What Ever Happened to Baby Jane?"** (**"¿Qué fue de Baby Jane?"**, 62) empezó como una iniciativa de la propia **Joan**. La actriz le hizo saber al productor y director **Bob Aldrich** que deseaba rodar un film con **Davis** a cualquier precio, y **Aldrich** le mostró el libro de **"Baby Jane"**. Emocionada, **Joan** fue a ver a

Bette al Royale Theater de Broadway, en donde estaba protagonizando una obra teatral. Cuando **Bette** vio a su eterna enemiga entrando en su camerino, casi sufre un colapso nervioso, pero escuchó lo que tenía que decirle y no dio crédito a sus oídos cuando **Joan** le hizo saber que tenía en sus manos la película perfecta para que trabajasen juntas (años después **Bette** comentaría que en aquel momento pensó: "Esta mujer está llena

257

instalarle más lámparas. **Bette**, mientras tanto, observaba muy entretenida todo el proceso. El eterno acoso con que agobiaba **Crawford** a su rival, se reanudó ese mismo día, al obsequiarle con varios regalos, una costumbre que enfermaba a **Davis**. Cuando **Joan** repitió el numerito en una siguiente ocasión, **Bette** le agradeció el detalle por carta y le pidió por favor que no lo volviese a hacer. Sus relaciones en el estudio eran simplemente correctas. No tenían más remedio que soportase, y debían ir con cuidado para no liar una bronca monumental que acabase con la película. Aunque cada noche las dos asqueaban a **Bob Aldrlch** por teléfono, torturándole con llamadas de una o dos horas, para quejarse del comportamiento de su rival. **Bette** estaba furiosa, porque **Joan** actuaba con demasiada pasividad y no le daba pie para hacer grandes exhibiciones de histeria. Por otra parte **Bette** opinaba que **Crawford** no era creíble en su papel de **Blanche Hudson**, ya que se empeñaba en aparecer ante las cámaras con buen aspecto, y eso era lo último que alguien podía esperar de una mujer inválida que vivía recluida en una habitación. El asunto de la imagen causó muchos problemas. La primera vez que **Joan** se vio caracterizada como **Blanche Hudson**, rompió a llorar, de repente se sentía vieja y fea. Lo que no había asumido en su vida privada, debía asumirlo frente a una cámara; era un trago duro.

Durante toda la primera semana, **Joan** vagó por el estudio con rostro de angustia, soltando lágrimas aquí y allá. La situación adquirió un tono tan surrealista, que **Bette** llegó a preguntarle si se sentiría mejor interpretando el personaje de **Baby Jane**, pero **Joan** contestó escandalizada: ***"¡No! ¡Baby Jane es el doble de fea!"***. Y la verdad es que no iba nada desencaminada, no en vano la propia **Bette** también lloró cuando le mostraron su nueva imagen en un espejo. Hay que tener en cuenta que ambas actrices habían sido consideradas sex-symbols en el Hollywood de los años 30 y 40, y resultaba muy doloroso para ellas verse con esa pinta. Lo peor para **Bette** fue comprobar el efecto que causaba su imagen en la gente de la calle, cuando tuvo la desafortunada idea de comer en un restaurante que había cerca del estudio. Como es lógico, no tenía tiempo de quitarse el maquillaje y

cambiarse de ropa, así que salía al exterior con su look de **Baby Jane**, y todos los que se cruzaban con ella la miraban con horror. La experiencia fue tan incómoda, que tras varios días de amargos choques con el mundo real, optó por quedarse a comer en el mismo estudio.

La actitud de **Joan Crawford** durante los días de trabajo sacaban de quicio a **Bette**. Nuestra encantadora Emperatriz de Pepsi tenía por costumbre arrebatarle a escondidas su bebida a todo aquel que osase tomar Coca-Cola, y antes de que la gente pudiese darse cuenta ya les había colocado un botellín de la dichosa Pepsi. Ella misma bebía Pepsi continuamente, aunque **Bette** sostenía la teoría de que su compañera llenaba sus botellas de vodka. Otro problema lo constituían los hijos de ambas. **Christina** y **Christopher** visitaban de vez en cuando a su "queridísima mamá" en el estudio y coincidían con la hija de **Bette**, **B. D.**, pero tenían prohibido relacionarse con ella. **Joan** llegó a decirle a la propia **B. D.** que no se atreviese a hablar con sus hijos, porque podía "corromperlos".

El comportamiento de **Bette Davis** con respecto a **Joan** era menos paranoico, pero también protagonizó salidas de tono divertidas. En una ocasión, **Joan** había concedido una entrevista para TV, y se trajo una tele al estudio para ver la grabación en diferido, pero justo en el momento de iniciarse el programa, **Bette** decidió ponerse a vociferar como una loca la canción que interpretaba en la película (**"I've Written a Letter To Daddy"**), hundiendo así la experiencia egomaníaca de **Joan**, que a duras penas pudo escucharse a sí misma en TV. Aunque mucho más escabroso que este tipo de escenitas fue el rodaje en sí. Hubieron momentos de verdadero mal rollo. En la secuencia en que **Baby Jane** sorprende a **Blanche** hablando por teléfono y le da una paliza, los golpes, en su mayor parte, fueron reales. Usaron un maniquí en algunos momentos, pero **Bette** también se quedó a gusto golpeando a la **Crawford** de carne y hueso. Aunque ésta tuvo ocasión de vengarse en la secuencia en la que **Baby Jane** tiene que arrastrar el cuerpo de **Blanche**. Para ponérselo más difícil a **Bette**, **Joan** colocó bajo su vestido un cinturón lleno de pesos, y cuando llegó el momento de rodar, **Bette** se dejó la vida


Joan y Bette en "¿Qué fue de Baby Jane?".

arrastrando su cuerpo. Pero la travesura no acabó ahí, **Joan** se aseguró también de que tuviesen que repetir la secuencia varias veces: en cada toma, **Joan** cometía algún error a propósito, como por ejemplo abrir los ojos, y a su enemiga no le quedaba más remedio que cargar con ella y con los pesos una vez más. Cuando finalizaron la secuencia, cuentan quienes lo vivieron en directo, que **Bette Davis**, totalmente desencajada, gritó: ***"¡Dios! ¡mi espalda!"***. La parte más polémica del rodaje, sin embargo, fue la secuencia final de la playa. Se fueron a Zuma Beach, y **Joan** añadió más volumen a sus tetas y se retocó el maquillaje, desobedeciendo así las indicaciones del director. **Bette** comentó en su día que cuando se tuvo que colocar encima de los pechos de **Joan**, se sintió como si estuviese sobre dos balones de fútbol.

El calor se le hacía insoportable a **Crawford**, a causa de todo el vodka que se metía a diario en el cuerpo y lo pasó tan mal que, cuando terminaron, exigió que la filmación se repitiese en un estudio cerrado, y así tuvieron que hacerlo. En definitiva, no fue lo que se entiende por un rodaje cómodo y agradable. De hecho, cuando se celebró la fiesta de despedida, **Joan** ni siquiera asistió, por miedo a que **Bette** le propinase un buen puñetazo. No hay que olvidar que **Bette Davis** aguantó a **Joan** porque estaba atada a un contrato y debía rodar ese film, pero tal vez la citada fiesta habría sido su oportunidad para despedirse de su enemiga con estilo. Se reencontraron al poco tiempo en una multitudinaria rueda de prensa que sirvió para presentar el film, y ahí sí que saltaron chispas. **Bette** señaló a **Crawford** y le dijo a los periodistas: ***"¡Mirad a esa zorra! Su turbante hace juego con su blusa, que hace juego con la chaqueta, que hace juego con la falda, que hace juego con los zapatos y los guantes. ¡Mierda!"***. Y las entrevistas que concedieron cada una por su cuenta fueron explosivas; **Joan** dijo de su enemiga: ***"Me robó algunas escenas, pero lo hizo pareciendo una parodia de sí misma, mientras que yo sigo luciendo como una estrella"***.

"¿Qué fue de Baby Jane?" fue la ultima pincelada de grandeza en la carrera de **Joan Crawford**. Más adelante rodaría algunos films de Serie B que tenían su gracia pero no estaban a la altura de su leyenda (el mejor: **"Strait Jacket"**, 1964, aquí titulado **"El caso de Lucy Harbin"**, de **William Castle**, en donde **Joan** ¡decapitaba a gente con un hacha!) y hubo un segundo intento de reunir a **Crawford** y a **Davis** en otra película, **"Hush… Hush, Sweet Charlotte"** (**"Canción de cuna para un cadáver"**, 64), pero **Joan** abandonó el proyecto a medias y se internó en un hospital simulando un ataque de agotamiento. El triste final le llegaría en 1977, a los 73 años de edad, víctima de un cáncer de estómago. Pero hasta el último día de su vida

siguió respondiendo cartas de sus fans. Tal vez ya no le quedasen fuerzas para rodar más films, pero la actitud de estrella es lo último que se pierde, y ella, tal como comentaba **Bette Davis**, abandonó este mundo haciendo lo que mejor sabía: interpretar el papel de **Joan Crawford**.